RELATO.

Febrero.

Cuando se nace artista, la contemplación estética se satisface en muchos objetos, y á tal fin me sirvieron el torbellino de las locuras y absurdos del Carnaval. Era la segunda vez que lo hacía y hube de reconocer bien pronto que esta fiesta popular, al igual de muchos otros acontecimientos periódicos, tiene su curso determinado.

Acepté reconciliado el tumulto, mirándolo como cualquier otro fenómeno natural y acontecimiento nacional de importancia. En tal sentido me interesó; observé atento el curso de las locuras, que tomaba ciertas formas convencionales. Entonces anoté todos los sucesos particulares y me serví, más tarde, del trabajo preparatorio para redactar la Memoria que pondré luego. Al mismo tiempo pedí á nuestro vecino Jorge Schutz dibujase y metiese en color ligeramente las máscaras

sueltas, lo cual hizo con su acostumbrada complacencia. Más tarde estos dibujos fueron grabados in quarto por Jorge Melchor Krauss, de Francfort, director del Instituto libre de dibujo de Weimar, è iluminados según los originales, para la primera edición, que apareció en casa de Unger, y va siendo rara. Deseando conseguir el objeto propuesto, fué preciso meterse más entre las máscaras de lo que hubiera hecho, á no tenerlo, y en verdad, á pesar de la vista pintoresca, causaba aquello á menudo impresiones repulsivas y desagradables. Habituado el espíritu á los objetos nobles que lo ocupan todo el año en Roma, parecía sentir constantemente que no se encontraba en su sitio.

Aparejado á mis sentimientos íntimos estaba lo más deleitoso. En la plaza de Venecia, donde muchos carruajes, antes de ponerse en la fila, acostumbran á pararse, observándose al pasar, vi el coche de Madama Angelika y me acerqué á la portezuela, á fin de saludarla. Apenas asomaba la cabeza saludándome afectuosamente, cuando se echó atrás para dejarme ver á la milanesa, ya en sana salud, sentada á su lado. No la encontré cambiada, pues ¿cómo no había de restablecerse pronto tan sana juventud? Hasta sus ojos parecieron mirarme más vivos y brillantes, con una alegria que penetró en lo más interno de mi alma. Quedámonos sín hablar buen rato, y al cabo Madama Angelika tomó la palabra, é inclinándose á mí, dijo: Tengo que

hacer de intérprete, viendo que mi joven amiga no es capaz de decir lo que desea hace tanto tiempo y se ha propuesto y me repetió muchas veces, y es lo muy agradecida que está al interés que usted se ha tomado en su enfermedad y en su suerte. Lo primero que la ha consolado al volver á la vida y ayudádole á recobrarse, fué la simpatía de sus amigos, y en particular la de usted. Saliendo de la soledad más profunda se encuentra en el más hermoso círculo de amistad.

-Todo eso es verdad, dijo la joven alargándome su mano, que pude estrechar entre las mías, mas no llevar á mis labios.

Alejéme en secreto satisfecho y metíme en la barahunda de los locos, sintiendo la más tierna gratitud hacia Angelika, que se había interesado por la buena jo ven, consolándola después de su desgracia y, lo que es raro en Roma, recibiendo en su noble círculo aquella señorita, desconocida hasta entonces. Ello me conmovía más, lisonjeándome de haber tenido no poca parte, en razón del interés que me inspiraba la buena niña.

El Senador romano Príncipe de Rezzonico ya á su vuelta de Alemania viniera á visitarme. Hiciérase amigo intimo de Herr von Dièbe y su señora, y con tal motivo trájome recuerdos y saludos de aquellos respetables protectores y amigos. Según costumbre, rehuí más estrechas relaciones; al fin, sin que fuera posible apar-

tarme, encontréme en aquel círculo. Los mencionados amigos von Dièbe vinieron á pagar la visita á aquel que entre los afortunados del mundo se contaba, y no pude dejar de aceptar muchos convites de varias suertes, tanto más, cuanto la señora, muy celebrada por su manera de tocar el clave, consintiera hacerse oir en un concierto dado en la morada que el Senador tenía en el Capitolio, y nuestro huésped Kayser, cuya habilidad era notoria, recibió una invitación lisonjera para tomar parte en aquella fiesta.

La incomparable vista que se goza a la puesta del sol, desde las ventanas de las habitaciones del Senador, del Coliseo y cuanto en él se apoya de los otros lados, ofrecía á nuestras miradas de artista el espectáculo más soberbio, al cual, sin embargo, no nos atrevíamos a entregarnos, no queriendo faltar al respeto y cortesía debidos á la sociedad. La Señora Dièbe tocó un concierto dando á conocer grandes facultades, y luego ofrecieron el sitio á nuestro amigo, que lo sostuvo muy dignamente, á juzgar por las alabanzas que recogió. Luego tocó el turno á una señora que ejecutó un aria muy bonita, y cuando volvió á corresponderle á Kayser, tocó un tema gracioso, haciendo sobre él variaciones hasta lo infinito.

Todo estuviera muy bien, según el Senador me dijo, entre mil cosas amables en conversación particular, pero, sin poderlo ocultar, aseguróme, empleando aquel suave modo veneciano medio pesaroso, que no gustaba del género de variaciones, mientras los adagios expresivos de su dama, cada vez que los oía le encantaban.

No sostendré ahora que semejantes tonos sentimentales, de ordinario empleados en los adagios y largos, me fuesen siempre desagradables; sin embargo, me gusta más, en la música, lo que anima, pues nuestros propios sentimientos, nuestras reflexiones sobre las pérdidas y las decepciones que sufrimos, con harta frecuencia nos abaten y amenazan vencernos.

A nuestro Senador no podía tomarle á mal, antes le tomaba á bien, que aquellos sonidos le halagasen el oído, porque le confirmaban en la grata realidad de alojar, en la más suntuosa de las mansiones, á la más querida y más respetada de las amigas.

A los oyentes alemanes causónos placer inestimable, al mismo tiempo que oíamos á una excelente y respetada dama, antigua amiga nuestra, sacando del clave delicadísimos sonidos, contemplar desde la ventana un paisaje, único en el mundo, á la hora de ponerse el sol y con ligero movimiento de cabeza abarcar el gran cuadro que se extendía, á la izquierda, desde el Arco de Septimio Severo, todo lo largo del Campo Vaccino hasta el templo de Minerva y el templo de la Paz, para dejar ver, detrás, el Coliseo, después del cual, inclinándose la mirada á la derecha, recorriendo el Arco de Tito, se perdía y se detenía en el laberinto de las ruinas del Palatino y sus espacios despoblados, adornados de jardines cultivados y vegetación silvestre.

Recomendamos una vista del Nordeste de Roma el año 1824, dibujada y grabada por Fries y Thurmer, tomada de la torre del Capítolio. Es algunos pisos más alta, y según las últimas excavaciones, á la luz de la tarde y en sombras, conforme la vimos en otro tiempo. Puede concebirse el encanto que tendría con los colores del fuego y los objetos en las sombras azuladas). Tuvimos á dicha ver después, en aquellas horas, el cuadro tal vez mejor que ha pintado Mengs, y es el retrato de Clemente XIII Rezzorico, á quien nuestro anfitrión, como Nepote, debía su puesto de Senador. Para concluir sobre el mérito de esta obra citaremos un pasaje del diario de nuestro amigo.

«Entre los cuadros pintados por Mengs, donde con más vigor se conserva su Arte, es en el retrato del Papa Rezzorico. El artista imitó en él á los venecianos, en el colorido y en la factura, con los mejores resultados. El tono del colorido es verdadero y caliente y la expresión del rostro, animada é inteligente. La cortina de tela de oro, sobre la que se destaca hermosa la cabeza y el resto de la figura, pasa en la pintura por una pieza artistica arriesgada, pero resulta excelente, porque de ella recibe el cuadro aspecto armónico y rico, muy agradable á la vista.»

El Carnaval en Roma.

Al emprender describir el Carnaval en Roma, tememos que se nos haga una objeción, y es, que semejante Tomo II. 20 fiesta no puede, en realidad, ser descrita. Tan grande masa de objetos sensibles debe verse mover directamente y que cada uno la contemple y la comprenda á su manera.

Y esta objeción tomará más fuerza si confesamos que el Carnaval en Roma, para el espectador extranjero que lo ve la primera vez y no quiere ni puede más que verlo, ni da impresiones completas, ni alegra ni recrea la vista, ni da esparcimiento al ánimo.

La calle, larga y estrecha, donde innumerable gente circula, no se puede ver de una mirada en toda su extensión; apenas se distingue, en el sitio donde el alboroto reina, algo que pueda abarcar la vista. El movimiento es uniforme; el ruido, atronador; el final del día, desagradable. Las dificultades desaparecerán pronto si nos explicamos mejor, y la cuestión está en que la descripción nos justifica.

El Carnaval de Roma no es una fiesta dada al pueblo, sino que el pueblo se da á sí mismo.

El Estado hace pocos preparativos y pocos gastos; el círculo de la alegría se mueve de suyo y la mano débil de la policía lo dirige.

Aqui no hay función como las muchas con que las iglesias de Roma deslumbran á los espectadores; no hay fuegos de artificio, que desde el castillo de Sant Angelo ofrecen espectáculo sorprendente y único; no hay iluminación de la iglesia y cúpula de San Pedro, que tantos forasteros de todas partes a trae y satisface; no hay ninguna procesión brillante, que al acercarse

haga al pueblo rezar y admirarse: aquí no hay más que una señal dada para que cada uno pueda ser todo lo loco que quiera y que, aparte de puñaladas y palos, casi todo le sea permitido.

Un momento parecen suprimidas las distinciones de altos y bajos: todos se acercan; cada cual toma ligero lo que encuentra, y la mutua libertad é independencia mantiénense en equilibrio gracias al buen humor universal.

En estos días se regocija el romano de que el nacimiento de Cristo haya podido retrasar la fiesta de las Saturnales y sus privilegios; mas no abolirla.

Nos esforzamos en representar á la imaginación de nuestros lectores la alegría y bullicio de estos días. Nos lisonjeamos también de servir á aquellas personas que por sí mismas vieron una vez el Carnaval de Roma y pueden sentir placer ante el vivo recuerdo de aquellos tiempos, y no menos á quienes proyectan todavía el viaje, á los cuales estas pocas páginas pueden procurar la vista general y el goce de una alegría que pasa ruidosa y en tumulto.

El Corso.

El Carnaval de Roma se concentra en el Corso, calle que limita y determina las diversiones públicas de estos días. En cualquier otro lugar, la fiesta sería cosa distinta, y ante todo tenemos que describir el Corso.

Al igual de muchas otras largas calles de ciudades italianas, toma el nombre de las carreras de caballos

con que en Roma se termina cada día del Carnaval y, en otros sitios, otras solemnidaddes, como la fiesta del patrón ó la inauguración de una iglesia. La calle se extiende en línea recta, desde la plaza del Popolo hasta el palacio veneciano: tiene cerca de tres mil quinientos pies de largo, y á un lado y otro altos edificios, magnificos la mayor parte. Su anchura no es proporcionada á su longitud ni al alto de las casas. Á los dos lados, toman las aceras, para los peatones, de seis á ocho pies. El centro sólo queda destinado á los carruajes, en la mayor parte de los sitios, de doce á catorce pasos, y desde luego se ve que en tal espacio, á lo más tres carruajes pueden moverse de frente.

El Obelisco de la plaza del Popolo es en Carnaval el límite inferior de la calle y el palacio de Venecía el superior.

Paseo de coches en el Corso.

Los domingos y días de fiesta, el Corso de Roma vese siempre animado. Los nobles y los ricos pasean una hora ú hora y medía antes de la noche, en sus trenes, formando numerosa fila. Los carruajes bajan del palacio de Venecia, manteniéndose á la izquierda; si el tiempo está bueno pasean por delante del Obelisco, salen por la puerta y recorren la vía Flaminia, muchas veces hasta Ponte Molle.

Los que vuelven más tarde ó más temprano toman el lado derecho y así van las dos filas de carruajes en el mejor orden, una al lado de otra. Los embajadores tienen el derecho de ir y venir entre las dos filas. El pretendiente que vivía en Roma bajo el nombre de Duque de Albania, había obtenido el mismo privilegio.

En cuanto tocan á Oraciones, se interrumpe el orden; cada uno se dirige á donde quiere y busca el camino más corto, á menudo molestando á otros muchos carruajes, que tienen que detenerse en el estrecho espacio.

Este paseo de la tarde, brillante en todas las grandes ciudades de Italia y que todas las pequeñas imitan, aunque sólo cuenten algunos coches, atrae mucha gente de á pie al Corso: todos vienen á ver ó ser vistos.

Según advertiremos, el Carnaval no es más que la continuación, ó más bien, el punto culminante de aquella diversión habitual de los domingos y días de fiesta; no es nada nuevo, ni extraño, ni único; al contrario, se une muy naturalmente á la vida de Roma.

Clima.-Trajes eclesiásticos.

Parécenos muy poco extraño ver una porción de máscaras en la calle, porque estamos acostumbrados, durante todo el año, á contemplar, bajo el puro cielo, muchas escenas de la vida.

En cada fiesta, los tapices colgados, las flores esparcidas, las extendidas telas, convierten las calles en grandes salas y galerías.

No hay muerto que lleven á la fosa sin el acompañamiento de alguna cofradía disfrazada. Los muchos hábitos de frailes acostumbran la vista á las figuras raras y extrañas. Todo el año parece Carnaval, y los abates, con sus trajes negros, entre las otras máscaras eclesiásticas, parecen representar los nobles tabarri.

Principio.

Desde el año nuevo están abiertos los teatros y el Carnaval comienza. Vese en los paleos alguna bella que enseña al público, con gran contentamiento, sus charreteras; aumenta el número de coches en el Corso. Sin embargo, la atención general espera los ocho días últimos.

Preparativos para los últimos días.

Muchos y diversos preparativos anuncian al público la proximidad de estas horas paradisiacas.

El Corso, una de las pocas calles que en Roma se conservan limpias todo el año, bárrenla y limpianla aún con más cuidado. Ocúpanse en levantar, en los sitios que se ha hundido, el pavimento, compuesto de bonitos pequeños cubos de basalto cortados iguales, colocándolos de nuevo á nivel. Aparte de esto, se ven igualmente precursores vivos. Cada día de Carnaval, se termina, conforme ya hemos dicho, en una carrera de caballos. Los caballos que cuidan destinados al objeto, son pequeños en su mayor parte, y á causa de su origen extranjero, llaman á los mejores barberi.

Cubren al caballo con un caparazón de lienzo blanco, que se le ciñe á la cabeza, al cuello y al cuerpo y está adornado en las costuras con cintas de colores, Llévanlo delante del Obelisco, al punto de partida futuro; tiénenlo un rato parado, la cabeza dirigida al Corso, y luego lo conducen despacito, y en el palacio de Venecía le dan un pienso, á fin de que sienta interés en hacer luego la carrera más de prisa.

Repetido el ejercicio muchas veces con la mayor parte de los caballos, que suelen ser quince ó veinte, y cada uno, en tales paseos, va siempre acompañado de una porción de muchachos que chillan alegremente, tiénese ya un gusto anticipado del mayor ruido y zambra que seguirá pronto.

En otro tiempo, las casas grandes de Roma álimentaban estos caballos en sus caballerizas. Teníase á honra que uno de ellos ganase el premio. Hacíanse apuestas y un banquete celebraba la victoria. En los últimos tiempos esta afición ha decaído mucho, y el deseo de ver sus caballos premiados bajó á la clase media y aun á la inferior.

De aquellos proviene, acaso, la costumbre de pasear los premios por toda Roma, durante estos días. Hácelo una tropa de ginetes acompañados de trompetas; entran en los patios de las casas grandes, y después de una tocata, reciben su propina.

El premio consiste en una tela de oro ó plata de unas dos varas y media de largo, por una escasa de ancho, que colocan flotante, á modo de bandera, en una pértiga pintada de colores y que en su parte inferior tiene la imagen de algunos caballos corriendo. Este premio se llama el palio, y tantos días como dura el Carnaval, pasean muchos de los tales, cuasi estandartes, por las calles de Roma.

Mientras tanto empieza el Corso á cambiar de aspecto. El Obelisco es el término de la calle. Delante de él colocan un tablado de muchos órdenes de asientos y gradas, que da frente al Corso. Delante del tablado erigen las barreras, entre las cuales traerán luego los caballos que han de correr. A ambos lados levantan fuertes tablados, que se unen á las primeras casas del Corso, y así queda la calle aumentada dentro de la plaza. A los dos lados de las barreras hay pequeñas tribunas cubiertas, para las personas que han de dar la señal de partida á los caballos.

Todo lo largo del Corso se ven igualmente tablados delante de muchas casas; la plaza de San Carlos y la de la Columna de Antonino, sepáranlas barreras y todo muy deslindado, para que la fiesta entera se encierre en la estrecha y larga calle del Corso.

En fin, en el medio de ella esparcen Puzzolane, á fin de que los caballos no resbalen.

Señal de libertad completa en Carnaval.

Así se alimenta y ocupa la impaciencia hasta que una campana del Capitolio, muy poco después del medio día, da señal que permite á cada uno ser loco á la faz del cielo:

En tal momento el grave romano, que se guarda

cuidadoso el año entero de dar un mal paso, deja de lado su seriedad y escrúpulos.

Los obreros, que hasta el último momento se ocupan en el pavimento, largan sus herramientas y ponen fin al trabajo, jugando.

Poco á poco, cuelgan tapices de todas las ventanas y balcones; en las aceras, á los dos lados de la calle, se colocan sillas. Los habitantes de menor categoría y los niños están en la calle, que ha cesado ya de ser calle; más bien es un gran salón de fiestas, enorme galería decorada.

Conforme todas las ventanas están colgadas de tapices, cubren los tablados alfombras usadas; las muchas sillas aumentan cada vez la idea de un salón, y el cielo, favorable, pocas veces hace recordar que falta el techo. Así hácese la calle más habitable. Al salir de casa no se figura uno que está en la calle entre extraños, sino en una sala entre gente conocida.

Guardia.

Mientras el Corso se anima cada vez más y entre las muchas personas que pasean en su acostumbrado traje se muestra aquí y allí algún polichinela, los militares reúnense delante de la Porta del Popolo, y guiados por el general á caballo, en buen orden, con equipos nuevos y música á la cabeza, suben Corso arriba, ocupan todas las entradas, establecen dos cuerpos de guardía en los puntos principales, y se encargan de mantener el orden durante toda la fiesta.

Los que alquilan sillas y tablados gritan ahora afanosos: ¡Luoghi! ¡Luoghi! ¡Padroni luoghi!

Mascaras,

Principian las máscaras á aumentar: jóvenes vestidos con los trajes de fiesta de las mujeres de la clase inferior, el seno descubierto y mucha desenvoltura, muéstranse primero. Á los hombres que encuentran acarician; con las mujeres están familiarmente, en pie de igualdad, y se permiten todo lo que el capricho, el ingenio ó la grosería les inspira.

Recuerdo, entre otros, un muchacho que hacía maravillosamente el papel de mujer apasionada y pendenciera, que de ningún modo se apaciguaba; iba por todo el Corso arrimándose á cada uno y buscando camorra, mientras su acompañante parecía tomarse el mayor trabajo del mundo para tranquilizarla.

Veis aquí un polichinela corriendo y haciendo chocarrerías, con un cuerno atado con cordones de colorines á un costado. Gracias á un pequeño movimiento, mientras habla á las mujeres, tiene el atrevimiento de imitar, en la Santa Roma, la figura del viejo dios pagano de los jardines, y su travesura provoca más alegría que enfado. Veis aquí otro de sus iguales, que más modesto y satisfecho, lleva consigo á su mitad.

Como las mujeres tienen tanto gusto en presentarse vestidas de hombres, como los hombres vestidos de mujeres, hay muchas que no dejan de ponerse el traje favorito de polichinela, y preciso es confesar que, en esta figura equivoca, hay algunas que consiguen estar encantadoras.

El paso apresurado y declamando cual ante el tribunal, precipitase un abogado entre la muchedumbre; grita á las ventanas; agarra á los transeuntes con máscara ó sin ella; amenaza á cada uno con un pleito; á éste hace larga enumeración de crimenes risibles que ha debido cometer, al otro especifica claras sus deudas. Reprende á las mujeres por sus sigisbeos y á las jóvenes por sus novios. Alega un libro que lleva consigo, presenta documentos, y todo en voz penetrante y lengua expedita. Trata de avergonzar á cada cual y ponerlo en confusión. Cuando uno piensa que ha cesado, es cuando principia; cuando piensa que se va, vuelve. Dirígese derecho á uno y no le habla y coge a otro que pasó ya; si encuentra un colega, entonces la locura llega á su más alto grado.

No mucho tiempo pueden estas máscaras atraer la atención del público: las impresiones más insensatas desaparecen pronto, á causa de la multitud y diversidad.

Los Quacqueri no hacen tanto ruido como los abogados y no llaman menos la atención. Este disfraz parece haberse generalizado tanto, gracias á la facilidad de encontrar, en las prenderías, piezas de ropa á la antigua moda francesa.

Lo que se pide, en especial, en tales disfraces, son trajes á la antigua francesa, bien conservados y de telas ricas. Raras veces se les ve sin vestidos de terciopelo ó seda; llevan chupas de brocado ó bordadas. El Quacquero debe ser gordo; su careta mofletuda, de ojos pequeñitos, la peluca de extravagantes coletillas, el sombrero pequeño y generalmente ribeteado.

Se ve que la figura acércase mucho al Bufo cariculo de la Ópera cómica, y al igual de aquel, la mayor parte de las veces representa un tonto enamorado y engañado; los Quacqueri figuran asimismo petimetres absurdos. Saltan ligerísimos sobre la punta de los piés; en lugar de lentes, llevan grandes anillos negros, sin cristales, con los que miran á los carruajes y á las ventanas. Hacen generalmente una reverencia muy tiesa y profunda y dan á conocer su alegría, en particular, al encontrarse unos á otros, dando muchos saltos con los dos piés juntos y un grito penetrante é inarticulado, que tiene mucha analogía con las consonantes brr.

Este grito es muchas veces una señal que repiten los más próximos, de manera que en poco tiempo resuena en todo el Corso.

Al mismo tiempo, muchachos traviesos soplan en grandes conchas retorcidas y destrozan los oídos sus inaguantables sonidos.

Se comprende que á causa de la estrechez del sitio y el parecido de tantos disfraces—pues bien recorren el Corso en todos sentidos algunos cientos de Polichinelas y un ciento de Quacqueros—muy pocos pueden tener idea de hacerse notables y llamar la atención, y aun éstos deben presentarse muy pronto en el Corso. Lo que todos desean más, es divertirse, dar expansión á su locura y gozar, lo mejor posible, la libertad de tales días.

Las muchachas en particular, y las mujeres, tratan de divertirse y saben hacerlo á su manera. Cada cual procura salir de casa, y de cualquier modo que sea, dis frazarse; habiendo pocas en situación de gastar mucho dinero, emplean el ingenio de mil suertes en disfrazarse, más bien que adornarse.

Los trajes de mendigos de ambos sexos son muy fáciles de tener. Se necesita, en primer lugar, buena cabellera; luego una careta enteramente blanca, un puchero de barro colgado de una cinta de color, un palo y el sombrero en la mano. Van pidiendo por las ventanas fingiendo ademanes muy humildes, y en lugar de limosna reciben caramelos, nueces y cualquier cosa del género. Otras lo hacen todavía con mayor comodidad; se envuelven en una capa de pieles ó en una bata graciosa, sólo con careta puesta. Van la mayor parte de las veces sin hombres, y de arma ofensiva y defensiva llevan una escobilla hecha de la flor de un mimbre, y usándola, separan unas veces á los importunos, y otras, maliciosas, la pasan por la cara de los conocidos ó desconocidos que encuentran sin careta.

Cuando un hombre, al que desean marear, cae entre cuatro ó cinco de estas muchachas, no sabe cómo librarse; la muchedumbre le impide escaparse, y donde quiera que se vuelva, siente la escobilla debajo de la nariz. Tomar en serio la broma ó cualquiera otra, sería peligroso, que las máscaras son in-

violables y la guardia tiene orden de protegerlas.

Los trajes usuales de todas las condiciones sirven también de disfraces. Los palafreneros, provistos de sus grandes bruzas, cepillan la espalda de quien se les antoja. Los vetturinos ofrecen sus servicios con su acostumbrada importunidad. Son más graciosos los disfraces de aldeanas, mujeres de Frascati, pescadores, barqueros napolitanos, esbirros y griegos. Algunos imitan trajes de teatro, otros se contentan con envolverse en una alfombra ó en una sábana, que se atan encima de la cabeza.

La figura blanca acostumbra à ponerse delante de nosotros y dar un salto, imaginándose así hacer de fantasma. Algunos se distinguen por combinaciones singulares, y el tabarro considérase el más noble disfraz, porque no se distingue en nada.

Las máscaras ingeniosas ó satíricas son muy raras, porque ya llevan un objeto y quieren llamar la atención. Sin embargo, vi un Polichinela cornudo. Los cuer nos eran movibles y podía retirarlos y sacarlos como un caracol. Cuando se ponía debajo de la ventana de unos recién casados, dejaba sólo ver la puntita de un cuerno, y para otra pareja sacaba los dos cuan largos eran, haciendo sonar con viveza los cascabeles que llevaban en la punta. Un momento atraía la atención del público y provocaba, á veces, grandes carcajadas.

Un mago mézclase entre la gente, enseña al pueblo un libro lleno de números, y así le recuerda su pasión á la lotería. Uno se mezcla entre la gente; tiene dos caras y no se sabe cuál es la de delante y cuál la de atrás, si va ó si viene.

Los extranjeros estos días tienen que resignarse á sufrir burlas. Los largos ropajes de los hombres del Norte, los grandes botones, los extravagantes sombreros redondos, chocan á los romanos, y así el extranjero es para ellos una máscara. Los pintores extranjeros, sobre todo los que estudian paisaje y edificios, se sientan en todas partes en público, en Roma, y así los representan entre el bullicio del Carnaval; muy ocupados, con grandes carteras, largos surtous y colosales portalápices.

Los mozos de tahona alemanes se ven borrachos muchas veces, y se los representa dando traspiés y con una botella en la mano y sus trajes habituales, ó un poco adornados.

No hemos conservado recuerdo más que de una máscara picante. Debían levantar un Obelisco delante de la iglesia Trinita di Monte. El público no estaba muy contento, ya porque la plaza es pequeña ó ya porque para elevar el pequeño Obelisco á cierta altura, era preciso un pedestal muy alto. Esto dió á uno ocasión de ponerse por gorro un gran pedestal, sobre el que sujetaba un Obelisco muy pequeñito. En el pedestal había grandes letras, cuyo sentido tal vez sólo muy pocos adivinaban.

Coches.

Mientras las máscaras aumentan, los coches van llegando poco á poco al Corso, en el mismo orden que hemos descrito cuando se trató del paseo de los domingos y días de fiesta, con la diferencia que, bajando del palacio de Venecia por el lado derecho, al llegar al sitio donde termina el Corso, dan vuelta y suben por el izquierdo.

Hemos indicado ya que deducidas las aceras, la calle, en su mayor parte, no tiene más que tres carruajes de ancho.

Las aceras vense ocupadas de tablados y sillas y muchos espectadores tomaron asiento ya. Tocando á las sillas y tablados, baja una fila de coches y otra sube del otro lado. Los peatones están encerrados en un espacio, todo lo más de ocho pies, entre las dos filas Cada uno se abre paso, según puede, para ir y venir, y en todos los balcones y ventanas se amontona la gente para ver la apiñada multitud.

El primer día sólo se observan los trenes de costumbre; todo el mundo reserva para los siguientes lo que ha de lucir de más elegante y magnífico. Hacia el fiu del Carnaval se ven muchos carruajes abiertos, algunos de seis asientos; dos señoras van en los más altos, una enfrente de otra, de manera que puede verse toda la figura; cuatro señores ocupan los restantes de las esquinas. El cochero y los lacayos visten de máscara; los caballos, adornados con gasas y flores. Muchas veces, acostado entre los pies del cochero, va un hermose perro de lanas, blanco, adornado de cintas rosa. Los arneses, provistos de cascabeles, suenan, llamando un momento la atención del público.

Facil es comprender que solo las mujeres hermosas se atreven à presentarse de tal modo, elevadas, à vista de todo el mundo y que solo las más hermosas van sin careta. Así, cuando se acerca el coche, que generalmente es muy despacio, todas las miradas dirigense à ella y tiene el placer de oir en muchas partes: O quanto è bella!

En otro tiempo, los carruajes de lujo eran más frecuentes y más ricos y también más interesantes: representaban asuntos mitológicos y alegóricos. Al presente, sea por lo que quiera, los nobles, perdidos en el conjunto, quieren más bien gozar del gusto que en esta fiesta encuentran, que distinguirse de los demás.

Cuanto más avanza el Carnaval, más alegre aspecto tienen los trenes. Aun las personas serias, que van sin careta en sus carruajes, permiten á sus cocheros y lacayos que se disfracen. El cochero elige, casi siempre, el traje de mujer y los últimos días parece que sólo mujeres guían los coches. Generalmente visten con decencia y hasta con gracia; en cambio, un criado feo, anchote, vestido á la última moda, el pelo muy rizado, altas plumas, va de caricatura; y así como las bellas oyen sus alabanzas, el tiene que sufrir que vengan á decirle en sus narices: O fratello mio, que brutta puttana sei

A veces, el cochero hace el favor à algunas de sus amigas, si las encuentra en las apreturas, de dejarlas subir al pescante; éstas, por lo regular, vestidas de hombre, se sientan à su lado y con frecuencia sacuden sus piernecitas de Polichinela y sus pies pequeños, provistos de tacones altos, sobre las cabezas de los transeuntes. Los lacayos hacen lo mismo; admiten a sus amigos y amigas en la trasera del coche; no falta sino que se pongan en la imperial, como en las mensajerías inglesas.

Los señores parecen ver gustosos su coche tan repleto. En estos días todo se permite y todo está bien.

Apreturas.

Dirijamos una mirada à la calle larga y estrecha: en todas las ventanas y balcones, de donde cuelgan abigarrados y largos tapices, espectadores apiñados dirigen sus miradas á los tablados llenísimos y á la fila larga de sillas á ambos lados de la vía. En el centro, dos hileras de coches se mueven lentos y el sitio en que, a lo más podría caber otro, está colmado de gente que no se puede decir va y viene, sino que se empuja en todos sentidos. Como los coches, siempre que la cosa es posible, guardan entre si una distancia para no echarse a cada parada unos encima de otros, muchos del centro. ansiosos de respirar, salen de los achuchones y se arriesgan á meterse entre las ruedas de un coche y la lanza de los caballos de otro y cuanto más grande es el peligro y la dificultad, más parecen aumentarse la audacia y el capricho de los que á él se exponen.

La mayoría de los peatones, que se mueven entre las dos filas de carruajes, á fin de preservar sus vestidos y sus miembros, evitan cuidadosos las ruedas y los ejes y dejan en general entre los coches y ellos más sitio del necesario. El que no puede soportar ir lentamente empujado por la masa y tiene valor de escurrirse entre las ruedas y los peatones, entre el peligro y los que lo temen, puede, en poco tiempo, andar mucho camino hasta que un nuevo obstáculo le detiene.

Ya nuestro relato parece salirse de los límites de lo creíble y apenas nos atreveríamos á proseguir, si las muchas personas que asistieron al Carnaval de Roma no pudieran testificar que nos mantenemos en la verdad y si no fuera una fiesta que se repite todos los años y que muchos, en lo sucesivo, podrán tal vez observar con mi libro en la mano.

¿Y qué dirán nuestros lectores si les declaramos que lo relatado hasta ahora no es, por decirlo así, sino el primer grado de la apretura, del ruido, del tumulto y de la licencia?

Paso del Gobernador y del Senador.

Mientras los carruajes adelantan suavemente y se detienen cuando es preciso, á los peatones se les atormenta de muchas maneras.

En primer lugar, la guardia del Papa atraviesa la multitud, arriba y abajo, manteniendo el orden de la circulación de los coches y evitando los caballos de estos, se encuentra con la cabeza de uno de silla en las espaldas; á tal incomodidad, sigue otra mayor.

El Gobernador, en un gran coche de gala y su sequito de muchos coches, pasa por el medio, entre las dos filas de los otros carruajes. La guardia del Papa y los lacayos que van delante, avisan y hacen sitio y esto ocupa un momento todo el ancho, antes escaso para los de à pie. Oprimense cuanto pueden entre los otros coches o se apartan del modo que les cuadra. Y según al paso de un buque el agua se separa sólo un instante y vuelvese á igualar detrás del timón, así la masa de las máscaras y de los otros peatones, se extiende inmediatamente detrás de la comitiva. No pasa mucho tiempo sin que nuevo movimiento turbe la gente. El Senador se adelanta en idéntica forma y aparato. Su gran coche de gala y los carruajes de su séquito parecen nadar sobre las cabezas de la muchedumbre prensada; y si todos, nacionales y extranjeros, están prendados y en cantandos de la amabilidad del actual Senador, el Principe Rezzonico, es tal vez este el único caso en que, multitud de personas, se sienten felices viéndolo alejarse.

Estas dos comitivas de los jefes de la magistratura y policia romanas, sólo atraviesan el Corso el primer día, para abrir solemnemente el Carnaval; mas el Duque de Albania lo cruzaba á diario, con gran molestia del público, y en el tiempo de la mascarada general recordaba á la antigua Señora de Reyes, la farsa carnavalesca de sus reales pretensiones.

Los embajadores, que tienen igual derecho, úsanlo moderados y de manera humana.

El mundo elegante en el palacio Ruspoli.

No es esto sólo lo que interrumpe é impide la circulación. En el palacio Ruspoli y sus cercanías, donde la calle no es más ancha, han levantado más las aceras de los dos lados. Allí se coloca el mundo elegante y todas las sillas se toman y se comprometen enseguida, y rodeadas de sus amigos y disfrazadas con trajes lindísimos, las mujeres más bonitas de la clase media se muestran á las miradas codiciosas de los que pasau. Todo el que llega se detiene á contemplar reunión tan agradable. Todos tienen curiosidad por reconocer, entre las muchas caras de hombres que parecen allí sentados, las femeninas, y tal vez por descubrir en un oficial guapito, el objeto de sus deseos. Este era el primer punto de parada, pues los coches se detenían cuanto podian, que es preferible, de hacer una parada, que sea en esta tan agradable sociedad.

named Conferra Confetti,

Si nuestras descripciones, hasta ahora, sólo dieron idea de una situación estrecha y casi angustiosa, las impresiones serán más singulares cuando hayamos contado que una suerte de guerrilla, en broma las más de las veces, pero alguna bastante seria, conmueve esta masa de gente alegre y comprimida.

Probablemente, una hermosa tuvo un día la ocurrencia de echar confites á su novio al pasar, para hacerse conocer entre la gente y las máscaras; nada más natu-

ral al que ha sido alcanzado, que volver la cabeza y ver á su maliciosa amiga; hizose costumbre y muchas veces se ve, después de uno de estos ataques, dos caras que se sonrien. Es la gente demasiado económica para gastar tantas golosinas, ó su abuso ha hecho necesarias provisiones más abundantes y menos caras.

Ahora, la industria particular hace, valiéndose de un embudo, una especie de pastillas de yeso del aspecto de grajeas y las llevan à vender, en grandes cestas, en medio de la gente.

Nadie está al abrigo de un ataque y todos se previenen á la defensa y por casualidad ó por malicia se producen, en unos lados ó en otros, un duelo, una escaramuza ó una batalla. Peatones, cocheros, los espectadores de las ventanas, de los tablados ó de las sillas, atácanse y se defienden á más y mejor.

Las señoras llevan cestillas doradas y plateadas llenas de semejantes municiones, y los caballeros deben defender valientes á sus damas. Los que van en carruaje esperan el ataque, bajos los cristales; se juega con los amigos y de los desconocidos se defienden obstinados. En ninguna parte es el combate tan serio y general como en las cercanías del palacio Ruspoli. Todas las máscaras que allí se colocaron van provistas de cestillas, saquitos y pañuelos atados por las puntas. Atacan con más frecuencia que son atacados. Ningún coche pasa impunemente, sin recibir, á lo menos, el ataque de algunas máscaras; ningún peatón parado delante está seguro, sobre todo, viendo el traje

negro de algún abate; de todas partes le echan encima cuanto tienen á mano, y como el yeso y la greda, donde dan, pintan, se ve alguno de los tales todo punteado de blanco y gris. La contienda se hace á menudo seria y general, y vense, no sin sorpresa, los celos y la enemistad personal, despacharse á su gusto.

Un enmascarado se acerca sin ser visto y arroja un puñado de confetti á una de las primeras bellezas, tan directamente y con tanta violencia, que resuena su careta y su hermoso cuello se lastima. Los acompañantes de ambos lados se enfurecen, arrojando sobre el agresor las provisiones de sus cestillas y saquetes. Aquél, demasiado bien disfrazado y pertrechado, no siente sus repetidos asaltos. Cuanto más garantido se encuentra, más fuerte continúa el ataque. Los defensores cubren á la señora con sus tabarros, y como el agresor en lo recio del ataque lastima á los vecinos y, sobre todo, ofenden su violencia y groseria, los que se encuentran alrededor toman parte en la pelea, no economizan las bolitas de yeso y tienen, las más de las veces, destinadas á tales casos, municiones de reserva más gordas, muy parecidas á nuestras almendras, y así, el agresor está tan agredido y tan vivamente asaltado de todas partes, que al fin no le queda otro remedio sino la retirada, sobre todo si ha concluído sus municiones.

De ordinario, el que se mete en tal aventura tiene á su lado otro que le secunda, pasándole los proyectiles mientras los vendedores de confites de yeso, durante la pelea, están muy ocupados con sus cestas, pesando á toda prisa las libras que cada uno desea.

Hemos visto de cerca uno de tan singulares combates, donde à falta ya de materias arrojadizas, los combatientes se tiraban las cestillas doradas à la cabeza, sin escuchar las advertencias de los guardias, que también recibian buena parte de golpes.

Ciertamente muchas de semejantes peleas terminarían á cuehilladas, si las cuerdas colgantes en las esquinas de las calles no recordasen á cada cual, en medio de las diversiones, que es muy peligroso, en tales momentos, servirse de armas dañinas.

Los combates son innumerables y la mayor parte de ellos más alegres que peligrosos.

Por ejemplo: un carruaje abierto, lleno de Polichinelas, llega á Ruspoli. Propónese tirotear, de pasada, á todos los espectadores, unos después de otros. Quiere la desgracia que las apreturas sean demasiado fuertes y se queda clavado en el medio. Como si se hubiesen dado señal, todos á la una y de todos lados tirotean al coche. Los Polichinelas gastan sus municiones y se quedan buen rato expuestos á los fuegos cruzados, de manera que, al remate, cubierto el coche como de nieve y granizo, acompañado de insultos y risas generales, se aleja lento.

Diálogo en el extremo superior del Corso.

Mientras los juegos vivos y violentos ocupan en el centro del Corso á una gran parte del mundo elegante, otra parte del público, en el extremo superior, encuentra nueva suerte de diversión.

No lejos de la Academia Francesa presentase, en traje à la española, con sombrero de plumas, espada y grandes guantes, el llamado Capitano, del teatro italiano. Salé de improviso de entre las máscaras, colocadas en una gradería y comienza, en tono enfático, á narrar sus grandes hechos de tierra y mar. No pasa mucho sin que un Polichinela se levante á oponérsele: muéstrale dudas y hácele objeciones, y aparentando concederle todo, pone en ridículo, de la manera más risible, valiêndose de juegos de palabras y de chistes oportunos, al héroe fanfarrón.

Aquí también se detienen los traseuntes, escuchando el animado diálogo.

El rey de los Polichinelas.

Nueva procesión aumenta el embarazo. Una docena de Polichinelas se reunen y eligen un rey, lo coronan, le ponen en la mano un cetro, lo acompañan con música y lo llevan, Corso arriba, en un carrito adornado, entre grandes aclamaciones. Al avanzar la mascarada, la aumentan todos los Polichinelas que encuentra al paso y que se le unen, haciendo sitio con sus gritos y el movimiento de sus sombreros. Entonces es cuando se conoce cómo cada cual trata de variar este disfraz general. Uno lleva una peluca, otro una cofia de mujer sobre su cara negra. El tercero, en lugar de gorro, se ha puesto una jaula en la cabeza, en la que saltan de pa-

lito en palito dos pájaros, uno vestido de abate y otro de mujer.

Calles laterales.

Las horribles apreturas que hemos tratado de representar todo lo posible á nuestros lectores, fuerzan, naturalmente, una porción de máscaras á pasar á las calles vecinas: las parejas de amantes van más tranquilas y más confiadas, y los alegres camaradas hallan en ellas sitio donde representar toda suerte de espectáculos.

Un grupo de hombres del pueblo, en traje de fiesta, ropilla corta y debajo chalecos guarnecidos de oro, los cabellos recogidos en largas redes, pendientes de la coronilla, van en compañía de muchachos vestidos de mujeres, paseándose de arriba abajo. Una de las mujeres parece estar en cinta, ya muy adelantada. Caminan pacíficamente y de repente se enfadan los hombres; sobreviene viva disputa; las mujeres toman parte; la pendencia se hace más agria; al último, sacan los contendientes grandes cuchillos de cartón plateado, y se echan uno á otro. Las mujeres los separan á gritos horribles; llevan el uno á un lado y el otro á otro: los circunstantes se interesan como si fuera en serio, tratando de dulcificar ambas partes.

A todo esto, la mujer en cinta se siente mala; traen una silla y las otras mujeres se ponen á su lado. Hace aspavientos y se lamenta, y de repente, con gran regocijo de los asistentes, da á luz cualquier monstruosi. dad. La pieza ha terminado y la compañía se va á otro sitio á representar aquella misma, ú otra.

El romano, que siempre tiene presente historias de asesinatos, juega de buena gana con ellas en toda ocasión. Hasta los niños tienen un juego que llaman la iglesia, y representa un asesino refugiado en la escalera de una iglesia: los otros hacen de esbirros y tratan de prenderlo, usando todos los medios posibles, aunque sin atreverse á pisar el lugar de asilo.

Tan alegres farsas pasan en las calles laterales, en particular en la Strada Babuina y en la Plaza de España.

Los Quacqueri andan también en grupos y se entregan con más libertad á sus galanterías. Hacen una maniobra que provoca la risa de todo el mundo. Vienen doce en línea, á pasitos apresurados, sobre la punta de los piés; presentan un frente muy recto. De repente, cuando llegan á cierto sitio, forman por la derecha ó por la izquierda una columna y marchan con sus pasitos uno detrás de otro. De pronto, dando media vuelta á la derecha, se reforma el frente y se entran en una calle: luego, cuando menos se piensa, vuelven à la izquierda; la columna, como ensartándose en un asador, se mete dentro de una casa y los locos desaparecen.

Noche.

La noche se acerca y el barullo en el Corso es cada vez mayor. El movimiento de los coches se ha interrumpido tiempo ha; pues sucede que dos horas antes de anochecer ningún carruaje puede moverse del sitio.